

Ilustración

MANUEL GUTIÉRREZ

(Artista plástico argentino contemporáneo)

Manuel Gutiérrez con “El violinista mirando a la luna” refleja ese instante en que el hombre a pesar de luchar por su vida con la herramienta más sublime, el arte, se desmorona ante la angustia existencial. El violinista caído, con el instrumento hecho añicos a su costado, todavía levanta su mano hacia una luna que inspiró desde siempre a la emoción humana y también le acercó las distancias de referencias inexplicables a su capacidad de discernimiento. El ignoto violinista que ejecutó el arte como un acto poético, previo e intuitivo al desarrollo moral y ético del hombre, antes del conocimiento, comprende que debe partir nuevamente hacia ese derrotero indescifrable de angustia que tiene por siempre el hombre. Sin embargo no hay derrota en él, comprendía que la creación, la inspiración en el arte, es el legado que tiene el hombre para sacar a este mundo de su fría imagen de soledad, de angustia a lo desconocido.

Es evidente que la técnica desde su inicio (la *tekhne iatriqué* en Grecia) en manos de un hombre sin humanismo nos ha llevado a holocaustos repetidos en las distintas culturas que fue construyendo la civilización. El hombre ha sido “humanicida”. De eso hablaba Adorno cuando refería “*después de Auschwitz no se puede pensar en poesía*”. Lo que vino después rememora que lo previo a esta frase y también lo posterior fue siempre igual. Un encadenamiento de genocidios, hambrunas e injusticias. La génesis de estos efectos es consecuencia de la persistencia en la historia del egoísmo y la avaricia. Sólo la desmemoria y el desconocimiento cada tanto permiten que nos sorprendamos que esté tan atenuado el horror a la historia.

La barbarie la construyen los poderes que se hacen cargo de diseñar una cultura que sirvan y justifiquen sus intereses. Esta moldea la forma de los individuos, somete al que incluye y margina al que no se alinea. Ha alejado a la moral y a la ética del progreso humanista del hombre, masificando a un sector de la sociedad humana que no tiene capacidad de defender sus principios más vitales y son utilizados por los grandes sistemas del poder. El hombre termina por pertenecer a un espectáculo mientras pueda danzar. Cuando se halla incapacitado para la escena y no es útil a la posibilidad del poder queda exonerado del gran teatro del mundo. Este escenario retiró la intelectualidad individual en



favoritismo de las corporaciones. La realidad del hombre anónimo queda abortada, ignorada por la verdad del poder.

La civilización ha sido siempre un barro de acontecimientos en que la razón se utilizó a comodidad de los propósitos más variados. En ese contexto no se puede hablar de humanismo. Se entiende que la razón debe discutirse, lo que no se comprende es que se margine al anónimo, se lo utilice o soslaye.

La evolución del hombre para ponerse en marcha hacia el humanismo necesitará desprenderse de la territorialidad que lo domina en todo sentido de la vida (instintivo, geográfico, económico, estado social). Este es un punto de partida que supera a las leyes. El humanismo no es un acto legal, pero sí existencial, por eso una moral estoica representa el camino. Difiere de lo acontecido en la historia humana porque el hombre no construyó sus civilizaciones con el sentimiento espiritual, sino con la razón dialéctica y el poder irracional. Y esta decisión de construir un humanismo es una

empresa solitaria, individual, autista, de una concentración honda para ir al fondo de cada ser, liberada de la pulsión externa hasta constituir un estado cultural de la humanidad íntegra.

En esta inmediatez, en que el tiempo es escaso a pesar de la comunicación instantánea, parece más difícil que en otros tiempos alcanzar una conducta social de humanismo, cuando los acontecimientos se sucedían sin prisa. Y el romanticismo por la idea, la emoción, el prójimo, todavía tenían su espacio. Actualmente el tiempo parece acelerarse y el hombre anónimo queda a la vera intentando no quedar postergado por las novedades que cambian permanentemente. El humanismo no se explica cuando sale de su vocablo. No tiene acción. Es como el decir de Mallarmé sobre la palabra rosa: "*ausencia de toda flor*".

El orden cultural establecido no se referencia a sí mismo con un pensamiento que le permita llegar a la esencia de su *ser*. Esta es la diferencia del *ser-hombre* -que puede con su capacidad adjetivar al universo- con el *ser-espiritual*, en su ayuda al prójimo. No es como le hace decir en "*Cándido y otros cuentos*" Voltaire a su personaje: "*el mal está enseñoreado en la tierra*". Simplemente el mal y el bien son complementarios. Esta posibilidad de existir entre contradicciones en un hombre, en un mismo momento, determina que esa brecha no existe, es una delgada línea entrecruzada incluso por la razón humana. De ahí la estoicidad moral que necesita el hombre para elevarse sobre sí mismo.

Comprendía el violinista caído en la pintura de Manuel Gutiérrez que el lenguaje es precario para expresar la emoción. Ese ínfimo instante de hilar el pensamiento o buscar la palabra exacta vulnera la exactitud de la expresión previa que se siente. Quizás se debería trastocar sin tiempo la vibración a la escritura. Este retardo actúa también en la acción humana. La pregunta que surge es cuán fuerte es el arquetipo instintivo del hombre que en

ese retardo entre pensamiento y acción no pueda detenerse antes de ejercer un acto contra otro ser humano. Es como si la unión entre acción y daño estuviese más experimentada para actuar sin retardo. Es como si el lenguaje -evolutivamente posterior- todavía no tuviese la capacidad con una expresión rápida -como la acción instintiva- de ser instantáneo.

Sin embargo, esa noche de luna llena la gente que su lado pasaba sin detenerse, no dejaba de escuchar el alegato final del violinista: "he sido denunciado por la vida al habitar de este mundo la tristeza. Vengo de la angustia y del dolor. Ahora comprendo que cualquier ánimo es indistinto. Todo duele finalmente. Lo que no se obtiene y el temor que se pierda lo que tenemos. Sólo yace en mí volver fuego las entrañas. Anduve sin pausas buscando mi propia esencia. Ésta sólo yace en lo anónimo, en lo errante, circunstancial, efímero, en lo que parece ser. Todo es igual a la nada, que no se sabe qué es. Que se deduce por ausencia de ser, como si la conciencia fuese su opuesto. Mientras no halle entenderla seguirá en mí ese camino que va de la angustia a la tristeza. La carne se adormece, parece resistir en un letargo del temor, destruyéndose en la levedad. En un naufragio sin dársena ni horizonte. La satisfacción de los sentidos es una influencia nefasta, la tentación que nos utiliza de marionetas para el juego procaz de los dioses. En ellos no cabe el espíritu del sentimiento. Se ha convertido en la distracción suficiente para que el tiempo cumpla su papel de verdugo. Es el que golpea a los pies de cada hombre hasta desmoronarlo definitivamente en el olvido más atroz e impiadoso. Irrevocable, el tiempo maltrata sabiendo que es la realidad. Es el único que la supera hasta arrinconar al hombre en la imaginación. El último refugio que le queda antes de la derrota final. El hombre esconde en esta trinchera la verdad temporal, subjetiva, dolorosa".

Jorge Carlos Trainini